

¿Cómo hablar de DIOS a los hijos?

ESTE es el título de un libro que hace algunos años mi mamá María Teresa escribió y luego yo complementé. Fue su herencia para nosotros: hijos y nietos. Su experiencia de fe vivida como lo esencial en la vida fue un tesoro que no se podía quedar guardado,

la ayuda de Dios y en la labor que, paralelamente a nuestros esfuerzos como padres, Él va adelantando en los corazones y las mentes de nuestros hijos. Debemos escoger los momentos y encontrar la forma más adecuada para llegar a la mente y el corazón de cada hijo(a). Sin

cias de la vida. Queremos que cuando nuestros hijos sean adultos, Dios llegue a ser su punto de referencia esencial. Por eso es vital que podamos mostrarles a los niños cómo para nosotros Dios está a diario presente en nuestra vida ordinaria, la de todos los días. No hay nada tan importante para nosotros que no lo sea para Dios. En los juegos, las comidas, los amigos, los disgustos, las fiestas, los deberes y en todas las situaciones, Dios se hace presente.

La imagen que el niño y la niña se va forjando de Dios tiene directa relación con el tipo de relación afectiva que tiene con su papá y su mamá o las personas más significativas en su vida. La bondad que ellos le muestran, el sentido de justicia, por ejemplo, en las peleas de hermanos, la experiencia de compartir con otros, la vida sencilla, donde los recursos se utilizan con moderación y se comparten, las vivencias de perdón y no de acumulación de rencores, la protección de la naturaleza y de los más débiles, la acogida, la generosidad.

El vínculo amoroso con nuestros hijos, les habla de Dios. Se lo mostramos cuando como padres los amamos como son, con un amor que no se disminuye ni un poquito cuando se equivocan.

Y también cuando los escuchamos, los dejamos tomar sus propias decisiones y, sobre todo, les enseñamos a pensar por sí mismos. Es decir, que no imponemos nuestras decisiones, les dejamos expresar las



sino que debía ser comunicado, escrito y conversado con otros padres. Comparto aquí algunos elementos que ofrece el libro *Cómo hablar de Dios a los hijos*. M. Teresa Silva de Sánchez y M. Carolina Sánchez Silva. 7 edición, Bogotá, Colombia, 2014.

duda, Dios nos inspira a diario en la medida en que se van presentando las coyunturas, las ocasiones, los problemas, las oportunidades. No es tarea para un día, sino para toda la vida.

UN DIOS VIVO Y CERCANO

Sabemos que lo que verdaderamente se imprime en la vida de nuestros hijos lo aprenden del ambiente que se vive en el hogar, y concretamente en las relaciones que allí se tejen, las actitudes que allí se adoptan ante las circunstan-

CONOCER AL DIOS DE JESÚS

Enseñar a los hijos a conocer al Dios de Jesús es una tarea que requiere verdadero interés, constancia, imaginación, creatividad, paciencia y sobre todo confianza en

suyas, se las tenemos en cuenta, las respetamos y dejamos que ellas se vuelvan parte de la construcción conjunta a nivel familiar. «Los padres que quieren acompañar la fe de sus hijos están atentos a sus cambios, porque saben que la experiencia espiritual no se impone, sino que se propone en libertad» (*Amoris Laetitia*, n. 289).

Para fomentar esa relación de amistad con Dios, necesitamos los encuentros, así como hacemos con las personas. Sin dedicar tiempo, sin poder sentir al otro, conversar, guardar silencio, es muy difícil el vínculo del amor. Por eso, hay que hacer posible las condiciones para el encuentro con Él.

Primero, ayudar a los niños a conectarse consigo mismos en un ambiente de calma y silencio. Es necesario parar la actividad, hacer silencio, contactar personalmente con la vida que fluye dentro. Por ejemplo, respirar más despacio y profundo y sentir el latido del corazón son disposiciones para percibir a Dios actuando en nuestra propia vida y en cada cosa que nos sucede a diario.

HABLAR CON DIOS

Dios es un ser con quien se puede conversar, además de sentir su presencia en nuestra vida. Enseñarles a los niños a hablar con Él, ya sea en voz alta o a escribirle mensajes. Contarle lo que nos está pasando. Ser breve y emplear un lenguaje amistoso, claro y concreto para que el niño sienta que Dios es un amigo a quien puede expresar las cosas más personales y cotidianas. Incentivar al niño para que agradezca cada día, que comprenda que todo es don, lo fácil y también lo difícil.

Enseñarle que la oración no consiste solo en pedir cosas. Explicarle que el mayor regalo que Dios puede darnos es la luz para la mente y el corazón, de donde surge la



capacidad de ser mejores. El niño poco a poco irá comprendiendo lo que eso significa y no lo olvidará cuando crezca.

Nunca escandalizarse por nada de lo que el niño pueda decir en la oración o a Dios o de Dios... A Dios no hay nada que le guste más que la sinceridad. Al contrario, estimúle-

Es vital que podamos mostrarles a los niños cómo para nosotros Dios está a diario presente en nuestra vida ordinaria.

lo a hablar con franqueza y confianza. A Dios hay que decirle con sencillez también lo que no nos gusta, lo que no entendemos, lo que nos parece difícil. Definitivamente, «Los momentos de oración en familia pueden tener mayor fuerza evangelizadora que todas las catequesis y discursos» (*Amoris Laetitia*, n. 289).

LA BIBLIA EN LA VIDA

También Dios se encuentra vivo y cercano en la Biblia. Desde allí interpela al hombre de todos los siglos con un mensaje siempre actual porque es capaz de adaptarse a todos

los tiempos y situaciones. Traigamos la Biblia a nuestra vida diaria, introduzcamos en nuestra rutina palabras que Jesús dijo, apoyémonos en ellas.

La vida de Jesús ofrece incontables pasajes donde sus gestos, palabras y reacciones nos brindan guías para vivir y actuar. Hablemos de ellos a lo largo de su niñez y adolescencia en los pequeños espacios que deja su actividad diaria. Que la Biblia llegue a ser un libro básico de consulta, cuyo punto de vista se tenga en cuenta para solucionar problemas, para evaluar actitudes, para juzgar crisis políticas y sociales, pues el niño vive en un mundo que tiene que aprender a comprender desde los ojos de Dios.

¿Cómo hablar de Dios a los hijos? es una pregunta que nos desafía a diario y que implica, para nosotros como padres madres, profundizar en nuestra propia experiencia de Dios. Situémonos siempre en el encuentro con ese Dios vivo y cercano que nos enseñó Jesús para que así lo sea para nuestros hijos. Y entonces podremos decir todos juntos en familia: «Hemos conocido el amor que Dios nos tiene» (1 Juan 4, 16).

MARÍA CAROLINA SÁNCHEZ SILVA
Instituto Universitario de la Familia
Universidad Pontificia Comillas